

XV

DIARIO DEL PRÍNCIPE.

Ya sé porque me desterró mi familia durante tanto tiempo de Granburgo. El marido de la Sra. de F..., que había aceptado filosóficamente el rapto de su mujer, se enfadó de firme al tener noticias del abandono. Las amenazas del Sr. Pum-pum impresionaron á mi madre, que me veía ya ahogado, ahorcado, empalado, despellejado, y no se tranquilizó un poco sino al ponerme bajo la salvaguardia de mi primo Boutignan y del invencible regimiento de dragones n° 50. ¿Qué ha ocurrido en casa de nuestros vecinos de Uzelles mientras hacíamos las grandes maniobras? Me afirman que la señora ha vuelto al domicilio conyugal y que Pum-pum se ha marchado á Argelia sin que nadie haya podido explicarme este doble misterio. Lo esencial es que el coronel me ha

devuelto á mi familia, con un permiso renovable indefinidamente.

Poco divertida, la familia. La duquesa siempre en camino con motivo de la herencia; el general cada vez más inmóvil, parecido á esos personajes mitológicos que Virgilio y Ovidio nos representan perseguidos por la ira de un dios y metamorfoseados en árbol ó en roca. De hora en hora va subiendo la envoltura dolorosa de la piedra, la corteza que le oprime. Pronto no tendrá de vivo sino la cabeza, luego los ojos, esos sombríos ojos indignados en que la luz se refugia como el sol poniente en los vidrios de las más altas ventanas. El pensamiento persiste y también la palabra; pero sólo se sirve de ella para definir su mal en fórmulas que desesperan. Cuanto enuncia es feroz, brilla, pica y corta como un instrumento de cirugía; sin embargo, pretende que sus facultades se embotan y el violoncelo del maestro Juan no le hace en los nervios cosquillas tan agradables como en otro tiempo. La verdad es que al indicado maestro sólo le queda el resuello. Cuando habla con uno es cosa de creerse sordo, y produce la sensación de que se encuentra en una habitación lejana. Quizás su violoncelo se ha puesto tan afono como él. Ayer por la tarde hablábamos los tres en el terrado que da al río. « Hazme un cigarrillo, » dijo

el general con voz chillona. Al dar vueltas al tabaco miré sin duda sus grandes manos inertes, encogidas sobre sus rodillas á modo de hojas secas. El tono de su mal humor se acentuó.

— ¿Qué tienen mis manos? No son tan blancas como las de Lidia F...

Y apenas pronunció este nombre, cuando se puso furioso, me reprochó mi conducta indigna con esta mujer, me acusó de andar otra vez detrás de ella, y con la boca torcida por los celos, me gritó con la voz de mando que tenía para dirigir el desfile de las tropas en Longchamp delante de la tribuna presidencial: « Te lo prohibo ¿me oyes? te lo prohibo. » Al oír esto me sublevé.

— ¿Me lo prohíbe V.? ¿Y con qué derecho?

— Con el de padre... con el de jefe de familia...

Precisamente su última carta, mi querido Valongo, trataba del principio de autoridad y de su universal decadencia. Recordando sus frases muy vibrantes, muy elocuentes, se las planté al general como si hubiesen sido mías.

No puede V. imaginarse la sorpresa, la estupefacción de mi ilustre padre cuando le dije que la familia seguía en sus evoluciones al Estado, y que después de haber sido monárquica á su imagen, monárquica liberal luego, se democratizaba lo

mismo que él; y tampoco puede V. figurarse la desolada cara del maestro Juan.

El fondo del asunto es que el general piensa siempre en nuestra linda vecina y se muere de rabia en su zócalo apenas me ve pasar el puente, persuadido de que ando dándole vueltas á la quinta de Uzelles. Le doy mi palabra de que no había vuelto á encontrarme con la Sra. de Fénigan desde nuestra ruptura, cuando está mañana nos tropezamos en casa de un joyero de Corbeil. Me pareció algo delgada, y conserva su gracia indolente con un poco de palidez que atribuyo al choque del momento. Ni una palabra, apenas una mirada y esto fué todo. Y puedo asegurarle que ahí pararán las cosas, pues si me acusan de volver á Uzelles es porque las citas con mi pequeña Saltacor se efectúan casi siempre en esa parte del bosque que linda con el parque de los Fénigan. Ya le he dicho como la vigilan á la pobrecilla y el miedo cerval que tiene al Indio, gracias al cual estamos todavía en los preliminares. Sin duda por esto mi capricho va volviéndose pasioncilla, y ninguna señora de la sociedad, noble ó burguesa, me ha excitado tanto hasta ahora como ese delicioso melocotoncillo.

¿Bonita? Todo lo más. Boca grande, una naricilla de parisiense, la elegancia desmangallada de

una mandadera de modista. Al entrar el otro día en casa del joyero, donde estábamos eligiendo una cadena de oro, la Sra. F... me lanzó todo su desprecio en una mirada que quería decir: «¿Á ese punto ha llegado V.?... sea enhorabuena.» Desgraciadamente tampoco tenía yo más que una mirada expresiva por toda respuesta, y esto no bastaba para explicarme.

Créame V., Valongo, aunque soy muy joven todavía, he terminado casi mi experimentación femenina, sobre todo en lo relativo á la mujer francesa. Y en primer lugar ¿dónde está la francesa? ¿cuál es su tipo? ¿es la caprichosa, friamente libertina, de que hablan las pequeñas novelas del siglo XVIII? ¿ha rugido y bramado alguna vez como las Malvina de los joven-francia románticos? ¿la descubriremos más bien en el ganado pensativo de los poetas parnasianos, ó entre las instintivas del naturalismo y las místicas neurópatas de los decadentes? Quizás ha sido todo eso ó por lo menos se ha imaginado serlo, maniqué de novelistas, probadora complaciente y blanda de las modas más excéntricas; pero en el fondo sospecho que es una apasionada supuesta, una libertina sin convicción, que es sencillamente y casi siempre la madre, la mamá. Desde hace más de tres años que ando en brazos de mujeres,

ese es el tipo que con mayor frecuencia he encontrado. Tal vez dirá V. que mi edad tiene la culpa. Sin embargo, aquí trato á muchachas muy jóvenes, solteras y casadas, nuestras vecinas de Merogis, en las cuales comprendo que todo es apariencia, costumbre ó moda, todo, exceptuando el instinto tierno y protector de la maternidad. La Saltacor es otra cosa: un ser vibrante, una carilla de locura y deseo, ni la aristocrática belleza de la condesa, ni el tipo de israelita rubia de Rebeca Dollinger, pero estoy seguro de que hacia ella me atrae algo cuya equivalencia no conozco. Mañana le diré, querido amigo, y dejo abierta mi carta con esta intención, si no he cometido un error de diagnóstico.

¿Por qué mañana? por que á fuerza de astucia he podido procurarme una noche, una buena noche completamente nuestra, en una verdadera cama y no al abrigo giratorio de un quitasol, persuadiendo al guarda-general de que debía organizar una gran batida contra los cazadores en vedado, cuya audacia se ha hecho intolerable. Citado para esta noche en la halconería con todo el personal del Sénart grande y del pequeño, el Indio no volverá á la Ermita hasta mañana por la mañana á las seis. Ya puede V. figurarse si aprovecharemos el tiempo...

Le incluyo el bosquejo á dos lápices de mi preciosa crisma que empezó el soldado de caballería Borski, falsario en el regimiento n. 50 de dragones. Según puede V. ver, ya empezaba á parecerse. Sólo que por la ley de subjetividad de que hablábamos un día y que obliga á mi sastre, que es gordo, á hacerme chalecos que bostezan, no obstante mis repetidas observaciones, así ese apasionado de Borski puso en mis ojos el frenético ardor de los suyos y la expresión de mi rostro resulta cambiada por completo. Volví á ver al pobre muchacho en el patio del cuartel, la mañana en que desfiló ante las tropas después de su condena á trabajos forzosos. Aquella siniestra y teatral ceremonia de la degradación, bajo un cielo de lluvia, en el cuadro de lados oscuros, de hombres y caballos chorreando agua, no parecía impresionarle. Cuando pasó junto á mí, con su capote vuelto del revés sobre los hombros y la cabeza erguida, me impresionó el alejamiento de sus miradas y de sus pensamientos. Comprendíase que estaba á mil leguas de todos los presidios, sonriendo con transporte á la que lo hizo criminal. Esa llama de pasión es la que puso en mi retrato, sin ningún motivo por cierto.

¡ Oh, no, en los ojos de nuestra generación no

hay llamaradas, verdad Valongo ? Nosotros no ardemos ni por el amor ni por la patria : ¿ Quién tiene la culpa ? V., filósofo amigo, pensador, trabajador, devorador de libros, ha extinguido según cree su calor y sus rayos en las nieblas de la metafísica alemana ; y por esto ausará V. á los libros de haberle instruido y agostado demasiado pronto.

Pero entonces nosotros, los malos estudiantes, los que no leemos, hubiéramos debido conservar ese foco de honradas creencias y sucede todo lo contrario. Probablemente no es preciso abrir para conocerlos esos pesados libracos que han causado su desencanto ; las ideas desesperadoras que contenían como en germen se han convertido en fórmulas y se han dispersado, de modo que las respiramos con el aire y con la vida, absorbiéndolas por todos los poros. Ni una sola vez me ha citado V. uno de los hermosos y terribles axiomas de sus filósofos, sin que yo me haya dicho : « Pero si yo sé eso. » Ahí se nota uno de esos inexplicables fenómenos que transmiten en un día, de extremo á extremo del desierto, la noticia de un gran acontecimiento sin que se pueda explicar la manera como se propagó. Por esto nosotros, los de la última remesa, la de la conquista, ignorantes como yo

ó instruídos como V., estamos todos heridos de fastidio y agotamiento, vencidos antes de la acción, todos con almas de anarquistas á quienes ha faltado el valor del gesto.....

CARLEJO.

XVI

Al desembarcar en Marsella, donde debía detenerse un par de días para la definitiva liquidación de sus negocios, el anciano Merivet oyó con sorpresa que Ricardo manifestaba la intención de separarse de él, siguiendo solo el viaje.

— ¿Para qué? preguntaba Napoleón, mientras acompañaba desde el barco al camino de hierro á su caprichoso compañero... Anunciaste la llegada para el martes ó miércoles, ¿qué ganarás adelantándola un día? Ni habrá coche ni nadie que te espere.

— Esto es precisamente lo que deseo, contestó Ricardo, sonrojándose de su involuntaria confesión. Merivet se alarmó, con un gesto que habría hecho volverse en París á todo el mundo pero que en Marsella pasó desapercibido por haberse mezclado con otros muchos ademanes semejantes.